

muchos obispos fueron revocados por los Papas. El Papa Pelagio declaraba la necesidad de invocar la Santísima Trinidad en el bautismo, y el Papa Nicolás I, decía que bastaba con la invocación del nombre de Cristo. Esteban II, acordó que era válido el bautizo hecho con vino. Celestino III, declaró que si uno de los cónyuges se precipitaba en la herejía quedaba roto el matrimonio, doctrina considerada por Inocencio III, como herética. Nicolás II, sostenía que Cristo era materialmente machacado con los dientes en el sacramento de la Eucaristía. Inocencio III, declaró obligatorio el Deuteronomio con todas sus anticuadas prescripciones sobre la comida y el traje. Ni-

colás III, declaró hereje á su inmediato predecesor. Juan XXII, anatematizó los escritos del teólogo Oliva, y Sixto IV los rehabilitó. Eugenio IV, introduce extraña confusión en los sacramentos. Sixto V declara que su Biblia, llena de erratas, era la única Biblia verdaderamente doctrinal y ortodoxa. De suerte que los Papas se habían engañado muchas veces. Y si los Papas se habían tan palmariamente engañado, ¿cómo eran infalibles? Y si los Papas se han contradicho ¿cuál de ellos era infalible, el que afirmaba ó el que negaba? La verdad es que el dogma de la Infalibilidad volvía contra la Iglesia romana toda su tradición, y toda su historia.

CAPITULO XIV.

ROMA Y EL CONCILIO.

La apertura de esta Asamblea se celebró el 8 de Diciembre de 1869, como en el anterior capítulo hemos recordado; pero las sesiones no se anudaron verdaderamente hasta el 6 de Enero de 1870, fiesta como es sabido de los Reyes Magos. El Papa bajó con toda solemnidad á la Basílica; entró en el salón del Concilio; subió á su trono entre los cánticos sagrados al Espíritu Santo y las poéticas letanías á la Virgen. Ya en el trono, leyó la profesión de fé de Pio IV, y encargó á un obispo que subiera á la tribuna y la leyese á su vez en nombre del Concilio. Este hecho que, á primera vista, pudiera parecer baladí é insignificante, como pura ceremonia religiosa, tenía profundo y recóndito sentido. Leída aquella declaración por el Papa, suscrita y repetida por el Concilio, no había que pensar ya en reformas progresivas de la Iglesia. Su antiguo espíritu, sus seculares ritos, sus arraigadas supersticiones, la autoridad entera de la Santa Sede estaban virtualmente en aquella profesión de fé que declaraba á Roma cabeza del mundo religioso, á su Iglesia madre y se-

ñora de todas las iglesias, á su Papa sucesor único de San Pedro, príncipe de los obispos, vicario de Jesucristo. Si á esto se unen los dogmas relativos á la trasubstanciación, las penas del purgatorio, el culto á los santos, y la virtud de las indulgencias, ¿qué esperanza quedaba de ver á la Iglesia renovar su espíritu, ni acercarse á la conciliación estrecha con las demás iglesias cristianas? Así es que, al terminarse las ceremonias, el Papa obliga á los obispos á cantar en coro un solemne *Te-Deum*. En este cántico oíase realmente el cántico de la victoria del absolutismo pontificio sobre la Iglesia universal.

La elección de la ciudad de Roma para asiento del Concilio era una elección desdichada. En todas las crisis religiosas se convocaron Concilios ecuménicos, y á todas las convocatorias precedieron estudios escrupulosos del sitio de sus reuniones. Al nacer el Cristianismo no había ciudad como Jerusalén: allí murió Cristo, allí nació la Iglesia, allí era necesario abrir las puertas de la estrecha sinagoga al espíritu universal de la humanidad.

Lo mismo puede asegurarse del más grande y del más célebre de los Concilios que sucedieron al Concilio de Jerusalén. La ciudad de Nicea, que no era ni la Roma pagana, ni la Constantinopla imperial; que estaba casi en la intersección de Asia, Africa y Europa; que tendía su mano sobre ríos por donde pasaban las grandes inundaciones bárbaras; parecía destinada á escribir el testamento de la vieja civilización y el ideal de la civilización moderna, y á esparcirlo á los cuatro puntos cardinales por medio de sus apóstoles, los cuales llevaban todavía en sus frentes como luminosas estrellas las cicatrices del martirio. Constantza misma en el siglo décimo-quinto estaba cercana á las naciones más interesadas en el éxito de aquella Asamblea; cercana á Alemania, que tiene frontera, en su lago; cercana á Francia, que poseía y aun posee parte considerable del Jura; cercana á Italia, que sólo necesitaba atravesar los Alpes; cercana por los puertos de Holanda á la misma Inglaterra, que entonces no se había separado aun del seno de la Iglesia. Al convocarse el Concilio de Trento controvirtióse mucho el sitio de su reunión. Quería el Papa congregarlo en el centro de Italia, á la sombra misma de su silla, en la ciudad de Roma. Pero los poderes civiles se opusieron, temerosos del sobrado poder que pudiera ejercer Roma sobre el Papa y el Papa sobre el Concilio. Trento fué designada por estar en el Tirol italiano, pero Trento mismo parecía á los hombres prudentes y sensatos una ciudad peligrosísima por la proximidad á Roma. ¿Qué hubieran dicho, al ver en la Ciudad Eterna reunidos todos los Obispos, bajo la mano prepotente del Papa, dispuestos á erigir una dictadura y temblando entre las seducciones y las amenazas? Lo cierto es que en una ciudad donde el Pontificado tiene todos sus prestigios, todos sus tesoros, todos sus cortesanos, era difícil, más que difícil, era imposible la libertad del Concilio.

Y no sólo era imposible bajo el aspec-

to político sino también bajo el aspecto moral. Como ha observado profundamente un escritor religioso, Mr. de Pressense; en aquella ciudad de largas perspectivas, de purpúrea luz; rodeada de un desierto que tiene toda la magia y toda la grandeza de los desiertos del Asia, especie de Océano de ideas, sobre tantas ruinas amontonadas, sobre tantos arcos rotos, sobre tantas estatuas destruidas, sobre tantos sepulcros vacíos; en los celajes de su espléndido horizonte y en sus bosques de melancólicos cipreses, se aviva el sentido estético y aun el sentido político, se pierde, se debilita por lo ménos, el sentido moral y religioso. Quince siglos de Cristianismo no han podido lanzar de Roma á los dioses paganos. Allí están erguidos, serenos; convidando con su sonrisa y con la vida que centellea en sus mármóreos cuerpos á olvidar las penitencias, las maceraciones y los misereres de los pobres nazarenos. No busqueis en los templos romanos, en aquellos volcanes de incienso, como le ha llamado un escritor religioso, el espíritu religioso que se escapa de nuestras catedrales góticas. Cuando entráis en la Iglesia mayor de Toledo, y veis el pavimento cubierto de lápidas sepulcrales que guardan los huesos de los héroes de nuestra eterna Cruzada; los bosques de columnas que todas se pierden allá en el punto único de la ojiva como las oraciones en la unidad de Dios; los triángulos misteriosos que os hablan del dogma fundamental de la fé cristiana; los grandes rosetones que recogen la luz en sus facetas de rubíes y de esmeraldas y las llevan misteriosamente á los altares donde resplandecen los penitentes y los mártires, á las tumbas góticas donde duermen los obispos y los reyes, os sentís materialmente conmovidos de un terror, y tocados de un escalofrío, que no sentireis jamás en aquellas basílicas de la Ciudad Eterna, obedientes á las tradiciones clásicas, conservadoras de la estructura pagana, compuestas de arcos romanos, muchas

de ellas antiguas *thermas* imperiales; todas salones resplandecientes, museos más que templos. Luego en Roma es costumbre tomar los problemas religiosos como esparcimientos del ánimo, como fiestas artísticas; y no como asuntos que interesan á la vida y á la muerte y que abrazan el tiempo y la eternidad. El monje alemán, que había pasado su vida meditando sobre las piedras del claustro, y á los pies de los altares, al descubrir á Roma desde lejos, creyó descubrir el cielo de su Dios y el santuario de su conciencia; y al entrar y examinarla y verla más pagada de los dioses de mármol descubiertos entre sus antiguas ruinas que de las vivas ideas religiosas, la maldijo para siempre; y al separarse de ella con esta hiel en los labios y esta tristeza en el pecho, le separó, le apartó también la conciencia de su nación y de su raza. Por eso en vano han ido allí durante siglos y siglos á sumergirse los obispos, á rezar los peregrinos; Roma no es, Roma no puede ser la ciudad de los penitentes ni de los místicos. Roma es y será perpetuamente la ciudad de los artistas. Se oye más la voz de la ninfa Egeria que la voz del Espíritu Santo. Cuando miráis la maravillosa rotonda de Miguel Ángel veis el secreto de Roma; la elevación á los cielos, como una hostia consagrada, del Panteón de todos los Dioses. La Sede Pontificia donde el Papa recibe la visita del Espíritu divino, es una antigua sede romana donde se han sentado emperadores y cónsules. Roma fué la última de las grandes ciudades antiguas en convertirse al Cristianismo; Roma será eternamente la ciudad sepulcro, la ciudad panteón de los dioses antiguos.

Uno de los historiadores de esta Asamblea nos ha dejado larga y minuciosa historia de todas las ceremonias celebradas con motivo de las grandes sesiones del Concilio. Un concierto fué dado el catorce de Diciembre de 1869 en la iglesia de los Santos Apóstoles ante considerable número de sacerdotes,

obispos y cardenales. Uno de estos abrió la fiesta pronunciando elocuente sermón en honor á la Virgen. Después se entonó un oratorio en tres partes, cuyo título era el Pontífice y la Inmaculada Concepción. Para expresar la oración del pueblo católico durante los cónclaves, se apelaba á la música de los Puritanos que recuerda el Protestantismo más democrático, la libertad más lata, y la República inglesa. Para expresar la alegría del pueblo por la exaltación del Pontífice, coros de *Roberto el Diablo*; no sé bien si los coros infernales, ó los bailes de las monjas sacrílegas; y aires de la *Safo* de *Paccini*, que recuerdan el amor sensual antiguo con todos sus delirios y el suicidio con todas sus horrores. La fuga del Padre Santo estaba puesta en música de *Macbeth* y la vuelta en música de *Nabucodonosor*, el rey bestia de Babilonia. La oración á la Virgen no ha mudado ni una nota al aria de tenor de la *Eleonora*, música amorosísima pero profana del inmortal Donizetti. Gran parte de los coros están tomados del sitio de Corinto de Rossini, por cuyas paganas estrofas corre la embriaguez de la vida antigua y la inmortal carcajada de los antiguos dioses. ¿Creeis que una ciudad así era propia para las ceremonias y para las discusiones del Concilio?

Las sesiones del Concilio fueron absolutamente secretas. Los ultramontanos daban por razón que el Concilio no quería verse turbado ni por el ruido de los aplausos del mundo. Pero nadie ignoraba que se huía realmente de aparecer como las demás asambleas humanas, con sus intrigas y sus cábalas, con sus partidos y camarillas, con sus ambiciones desapoderadas, con sus discursos falaces, con sus debates sin término, con sus oposiciones ciegamente apasionadas y su mayoría serviles. Otro congreso que se creyera puramente humano, encerrado en el límite que tienen aquí abajo todas las cosas, sujeto á nuestros males y á nuestros dolores, se resignara á sus defectos, tratando antes de corregirlos